



Reseña:

Gusmán, Luis. *Kafkas*, Buenos Aires: Edhasa, 2014.

Sobre *Kafkas*, de Luis Gusmán

Sergio Cueto¹

He aquí otro libro sobre Kafka. Es un libro de escritor, es decir, un libro escrito por un colega del escritor estudiado, comentado o retratado. En efecto, en la primera página del libro de Luis Gusmán titulado *Kafkas* se lee a modo de epígrafe la siguiente frase de George Steiner: “En ciertos momentos de la historia de la literatura un escritor parece personificar la dignidad y la soledad de todos los miembros de su profesión”. La frase merece una nota al pie del autor: “Steiner cita a H. James como ejemplo. He dejado el lugar vacío porque creo que cada época y cada lector puede colocar el suyo”. Resulta obvio que para Gusmán el ejemplo, el nombre ejemplar es el de Franz Kafka. Cabría interrogarse acerca de las dos cualidades que Steiner elige como representativas del escritor, seguramente del Escritor con mayúsculas, pero cualidades que entonces son o deberían ser las de todos y cada uno de los que se buscan en él. Pero dicha interrogación sólo puede emprenderse en el horizonte de la época, de ese horizonte o ese momento histórico en el que, según Steiner, resulta inevitable buscar en alguien la firmeza que falta en torno, la soledad y la dignidad, la

¹ **Sergio Cueto** (Rosario, 1960) es profesor de literaturas europeas en la Facultad de Humanidades y Artes. Ha publicado, entre otros libros, *Seis estudios girrianos*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 1993; *John Donne: Poesía sacra*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 1996 (Versión y estudio); *Versiones del humor*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 1999; *Tres estudios (Dante - Baudelaire - Eliot)*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 2001; *Otras versiones del humor*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 2008; *Kafka. Una construcción*, Rosario, Serapis, 2009; *Cinco retratos*, Córdoba, Editorial de la Municipalidad, 2010. Contacto: sergiojcueto@hotmail.com.

dignidad de la soledad y la soledad de la dignidad, se podría decir, como último refugio en medio de la intemperie. Imagino a más de uno sonriendo desdeñosamente ante tales nombres. Pero es a causa de ellos, precisamente a causa de su común indignidad que Steiner escribe esa frase. No juzguemos, ni siquiera entremos al debate. Señalemos apenas la sorpresa que suscita la tácita referencia a Kafka en ese contexto. Porque si el nombre de Henry James es suficientemente ilustrativo de lo que Steiner echa en falta en su época, no estamos seguros de saber lo que el nombre de Kafka significa en tal sentido para Gusmán. A pesar de que no resulte desencaminado imaginar a Kafka junto a James, aunque sólo sea porque unos pasos delante de ellos va Flaubert, no cabe duda de que las palabras soledad y dignidad no tienen el mismo sentido en Praga, en 1920, que en Londres, en 1910, para no decir nada de Buenos Aires cien años después. ¿Qué son la soledad y la dignidad que Gusmán reconoce en Kafka y en las que quiere reconocerse? El libro no lo dice, al menos no abiertamente. Es evidente, sin embargo, que la intuición del autor lo lleva a interrogar la soledad de Kafka en el punto en el que la vida es una praxis literaria y la literatura una manera de vivir, es decir, en ese punto en el que vida y literatura son *lo mismo*. Así, las cartas, los diarios y los relatos kafkianos son citados a comparecer como testigos de una misma soledad, de la soledad que los escribió, la soledad de ese tal Franz Kafka que vivió para escribirlos. No volveremos sobre las paradójicas relaciones que vida y literatura mantienen en la escritura de Kafka. Baste decir que Gusmán tiene el pudor de no identificar sin más los textos autobiográficos y la obra de ficción. La autobiografía, en efecto, hace su aparición en Kafka cuando la escritura de la novela o de los relatos se le niega, al modo de un pasatiempo de la angustia o de la pereza del escritor. Y sin embargo Gusmán también recuerda que Kafka se refiere a sus escritos autobiográficos con el mismo nombre que un personaje suyo daba a su interrogación del hambre, el ayuno, la holganza de la raza perruna, es decir, el nombre de “investigaciones”. La investigación no es un asunto meramente “teórico”, es una praxis. Si el perro estudia el ayuno lo hace ayunando, y ayuna para aprender a ayunar. Es lo que se llama un ejercicio. Ahora bien, esta palabra es la que le sirve

a Kafka para designar toda su obra. La obra entera de Kafka se presenta como un ejercicio, es decir, un hacer para hacer, un vivir para escribir, un escribir para vivir, y un hacer sin hacer, un escribir sin vivir, un vivir sin escribir, de modo que en ningún punto vida y literatura están separadas y sin embargo no llegan a identificarse, más bien parecen reclamarse y excluirse mutuamente. Se entiende así el plural del título de Gusmán. No es sólo que Kafka no haya sido siempre el mismo, ni sólo que haya sido dos toda su vida, uno el fantasma que escribe sin existir y otro el muerto que sólo vive porque no acaba de morir, sino porque es el actor de sí mismo, el lugar singular de esos papeles. Por eso Gusmán comienza preguntando quién es K. Es una antigua pregunta, pero aquí resulta pertinente. K. es a la vez el nombre del autor, el personaje y del actor en el que ambos se intercambian sin confundirse. Pero es también el nombre del solitario, el nombre de la experiencia de la soledad. Se recordará que ante la sugerencia de Janouch de que él, Franz, está solo como Kaspar Hauser, Kafka responde: “No, apenas solo como Franz Kafka”. Seguramente es atinado subrayar que la frase dice que la soledad de Kafka es singular hasta lo incomparable, pero es preciso decir también que esa singularidad sólo se afirma en un “como”. “Yo” estoy (está) solo “como” “Franz Kafka”. Es preciso, pues, actuar, mimar aun lo más propio, lo más íntimo –la soledad, pero asimismo el miedo, el amor o lo que sea. Es preciso convertirse en el actor de sí mismo. Eso es la literatura. Sin eso no hay más que expresión, comunicación, confesión, queja o jactancia. Por eso Gusmán señala en el centro de su libro la importancia de la imitación en la obra de Kafka. Todo es en ella imitación. Para convertirse en el escritor que es, Kafka tiene que imitarse aún, en primer lugar, a sí mismo. Pero es preciso entenderlo correctamente. Imitar no es “hacer como” sino “hacer de”. Los niños lo supieron siempre. Uno hace de agrimensor, de juez, de procesado, de Ulises y de Prometeo, de perro y de ratón, pero también de trompo, de puente, de carretel o lo que sea. Y lo hace al punto de que se confunde con lo imitado y su imitación resulta imperceptible para el espectador. Mirándolo a él, al actor, parece que no imita nada, que sólo habla de sí mismo; mirando a lo imitado no se reconoce ni la más mínima huella de imitación, de representación, de subjetividad actoral. (Adorno lo ha mostrado desde su perspectiva y en su peculiar estilo: en Kafka,

dice, la propia alienación se convierte en expresión, de manera que la objetividad es nada más que la determinación externa de figuras interiores que sin embargo permanecen desconocidas para sí mismas; y también: Kafka logra “hallar las palabras para el espacio de la interioridad sin objeto”). La imitación es esta palabra para la interioridad sin objeto en la exterioridad alienada. Se trata de una especie de identidad a distancia o de una diferencia en la indiferencia. Por eso la imitación resulta imperceptible y sólo perceptible como imperceptible. El principio de la imitación es “soy lo que hago”. El ayunador ayuna, el trapecista se balancea, el perro investiga, la ratoncita canta. Hacen, pero no son nada fuera de lo que hacen y su hacer expone sin resto el ser de sus hacedores. No se hacen a sí mismos, pero hacen de sí mismos y sólo son lo que hacen –bufones de su propio ser. Por eso el libro de Gusmán se cierra con la figura del saltimbanqui. (Me parece, sin embargo, que el autor aproxima apresuradamente el payaso kafkiano al viejo saltimbanqui de Baudelaire, pues mientras el arte del segundo está muerto en cuanto cesa el heroísmo, la afirmación orgullosa de sí del sujeto, su dandismo, si se quiere, el arte del segundo comienza y se torna infinito precisamente y sólo con el olvido, el abandono y la renuncia a sí mismo). El saltimbanqui, el payaso, el actor, el imitador es la respuesta que da el libro a la pregunta por la identidad de K. Lo que quiere decir que la identidad de K. está dada por la imitación, que su identidad es la diferencia. Y acaso aquí, finalmente, haya que situar la que es quizá la última dignidad posible, la que queda después de la completa humillación del sujeto y que perspicazmente Gusmán reconoció en Kafka. Porque ¿qué es en última instancia la dignidad sino la facultad de recibir y aceptar lo que viene tal como viene, decirle sí con el cuerpo, el gesto y la palabra a lo que sucede en su ser tal, y ello aún en la imposibilidad de aceptar y recibir, en el dolor y la desesperación? Es Gusmán citando a Kafka: “Nuestro arte es un ser cegado por la verdad: la luz que da en el caricaturesco rostro que retrocede es verdadera, ninguna otra cosa más”.